

## ¿Cómo asumir ahora la pandemia?

**Por: Mons. Darío de Jesús Monsalve Mejía** - Estamos en “*el pico de los picos*”, dicen los expertos, para hablar sobre la curva o línea de evolución de la COVID-19 y sus mutaciones.

Es una hora crucial, quizás definitiva, para la supervivencia y el futuro de la humanidad en la tierra, en el mundo de los vivientes.

Quizás todo dependa de un movimiento inverso al inicial: abrírnos, en vez de encerrarnos.

Abrírnos a Dios, garante de nuestro ser y existir. Fuerza o energía de amor, interior y externamente perceptible. Fuerza que atrae y enamora el alma humana, imagen suya para “*ser su semejanza*”; gracia de filiación divina, de fraternidad humana, de unión y transmisión de las vidas humanas, de cuidado de “*la casa común*”.

Abrírnos a los demás, en cada pareja, casa y familia, en la vecindad y la etnia y cultura, en la patria propia y en el mundo como patria y casa común. Abrírnos, incluso a los enemigos y adversarios, que deben pasar al plano de la oportunidad común de supervivencia, de existencia solidaria, de cancelación y perdón de deudas, de ser buenos prójimos, buenos ciudadanos y buenos ancestros para las generaciones nuevas y futuras.

Abrírnos a las primacías y valores de la “*civilización del amor*” que enseña y obra Dios en Jesús y para todos:

\*Primacía del espíritu sobre la materia.

\*Primacía de la vida sobre la muerte.

\*Primacía de las personas sobre las cosas.

\*Primacía de la ética sobre la técnica y la ciencia.

\*Primacía del trabajo y la producción sobre el capital y el mercado.

La dignidad humana, el diálogo, la verdad, la justicia, la paz, la libertad y la unidad o consenso vital, son valores que reclaman puesto en la consciencia personal y colectiva de la humanidad.

No es nada nuevo, pero todo es en serio, en lo concreto, en decisiones precisas.

Si no, no identificaremos las causas, ni abriremos los procesos de corrección, de nuevos estilos y nuevos modelos de vida, de nuevas fronteras y nuevos territorios para una nueva habitabilidad; de ciudades y colonias agrícolas planeadas y

construidas, de manera que convirtamos en museos muchas de las actuales, al borde del colapso.

Si no, no integraremos a los migrantes ni saldremos del “*invierno demográfico*” y ruptura generacional, y de los modos de producir y de consumir que desatan virosis del animal al humano, que rompen las barreras bioquímicas y los equilibrios biológicos y ecológicos.

Escuchar a fondo la voz de la pandemia es mucho más que buscar y esperar una vacuna, mucho más que “*darnos inyecciones de ánimo*”.

El cambio de corazón, de mente y de conductas no da espera.

Desde la fe, Dios es “*Dios de la Oportunidad*” para todos. Quiere “*que ninguno se pierda*”. Es oportunidad de perdón y cambio, de reconciliación y verdad, de crecer y ajustarnos a una tierra que puede y debe ser el Edén de la vida, el remanso de la paz y la esperanza, la civilización del Amor.

¡Démonos la Oportunidad! ¡Démonos a Dios Amor!

En la Iglesia católica, el Papa Francisco ha signado el 2021 como “El Año de San José”, conmemorando los 150 años de haber sido declarado “Patrono Universal de la Iglesia”. Es el varón justo que tomó a María como esposa y a Jesús como hijo adoptivo.

Indicó también el Papa que será el Año de la Familia, conmemorando los primeros cinco años de la Exhortación Apostólica “*Amoris laetitia*”.

Y abrió el año con dos mensajes claves: “*la cultura del cuidado como camino de paz mundial*” y “*los ministerios instituidos, lectorado y acolitado, para las mujeres*” (Carta “*Spiritus Domini*”).

El varón, la mujer, los esposos, la familia, la casa, la identidad de cuidadores de la vida y del ser y el obrar de Dios en el mundo, están en primer plano.

Son realidades de siempre para vivirlas como nunca las habíamos vivido.

Que el 2021 nos impulse a **volver a casa**, no por confinamientos ni toques de queda, sino por una nueva consciencia desde la fe, la esperanza y el amor, vividos con personas y realidades concretas.

Es el año para que la humanidad adopte como estilo de vida el **caminar juntos**, la sinodalidad, superando lo que nos despedaza y destruye, lo que nos divide e intoxica.

Amén.

+ Darío de Jesús Monsalve Mejía  
Arzobispo de Cali